

LA ORACIÓN QUE FORTALECE

Por: Marcos Quirife

En los momentos de mayor carga, cuando las palabras parecen escasas y el corazón está agotado, Dios nos ofrece un regalo poderoso y accesible: la oración. No es solo una práctica espiritual, sino un espacio sagrado donde nuestras debilidades se encuentran con la fortaleza de Dios.

La Biblia nos recuerda :

« Clama a mí, y yo te responderé » - Jeremías 33:3.

Esta invitación es personal y constante. No importa la hora, el lugar ni la situación; siempre podemos acercarnos a Dios con confianza. La oración no exige frases perfectas ni discursos largos, solo un corazón sincero dispuesto a hablar con su Padre.

Muchas veces vemos la oración como el momento en que presentamos nuestras peticiones a Dios, pero la Biblia nos muestra que la oración es mucho más que hablar: :

- Es permanecer en su presencia.

Cuando oramos, algo comienza a suceder, aun cuando no lo veamos de inmediato.

Un ejemplo claro lo encontramos en la oración de Jesús en Getsemaní. Él dijo:

« No se haga mi voluntad, sino la tuya » - Lucas 22:42.

Esta breve oración revela una verdad profunda: orar no es imponer nuestros deseos, sino alinear nuestro corazón con la voluntad de Dios. En ese acto, el alma encuentra descanso y fortaleza, aun cuando el camino no cambia.

El apóstol Pablo nos recuerda que la oración produce fruto aun en medio de dificultades:

« Sean constantes en la oración » - Romanos 12:12.

La constancia no es insistencia vacía, sino confianza firme. Cada vez que oramos, renovamos nuestra esperanza y recordamos que Dios sigue obrando.

¿Qué sucede entonces cuando oramos? La Escritura responde:

« La paz de Dios... guardará sus corazones y sus pensamientos en Cristo Jesús »

-Filipenses 4:7.

Tal vez la situación sigue ahí, pero el corazón ya no está solo ni desprotegido.

Orar no siempre cambia las circunstancias de inmediato, pero sí transforma nuestro interior. En la oración, la ansiedad se calma, la fe se levanta y la esperanza renace. Allí encontramos paz aun cuando el problema sigue presente, porque recordamos que Dios está escuchando y obrando.

Como creyentes, no enfrentamos la vida solos. Cuando oramos unos por otros, fortalecemos nuestra comunión y recordamos que somos un solo cuerpo. Una oración compartida puede levantar al cansado, consolar al que llora y renovar al que siente que ya no puede más.

Hoy, Dios nos anima a orar con confianza, a perseverar, aun cuando las respuestas tardan en llegar.

Cada oración es escuchada, y ninguna es en vano. Que como iglesia aprendamos a acudir primero a Dios, sabiendo que en la oración encontramos refugio, consuelo y poder para seguir adelante. Dios está presente y su paz nos sostiene.

¡Dios les bendiga!.